
MANUEL JOSÉ RAMOS ORTEGA

EL HOMENAJE A MACHADO DE 1966: LA CORRESPONDENCIA A J.M. CABALLERO BONALD

Universidad de Cádiz

Resumen

Esta es parte de la correspondencia recibida por José Manuel Caballero Bonald, miembro de la Comisión organizadora del fallido homenaje al poeta sevillano Antonio Machado, en la ciudad andaluza de Baeza, donde el escritor y catedrático de francés, en el Instituto de esa población, tomó posesión de su plaza a comienzos del curso de 1912. Esta correspondencia inédita se adhería al proyectado homenaje, prohibido por el régimen franquista, y en el que iban a participar, en febrero de 1966, los más importantes artistas y escritores reunidos en torno a la figura del egregio poeta.

palabras claves: poesía, epistolarios, homenaje, Antonio Machado, Baeza, José Manuel Caballero Bonald

Abstract

This article takes into account part of the letters José Manuel Caballero Bonald received as a member of the Organizing Committee for the failed homage to Antonio Machado that was to be celebrated in the Andalusian city of Baeza, where the writer had worked as a French professor since 1912. This correspondence, still unpublished, focuses on that tribute which the Franco regime forbade; in case of being held in February of 1966, it would have gathered around the figure of the poet the most important artists and writers of the time.

keywords: poetry, correspondence, tribute, Antonio Machado, Baeza, José Manuel Caballero Bonald

*Me trasladé a Baeza, donde hoy resido.
Mis aficiones son pasear y leer.*
Antonio Machado

1. En el principio una carta

Hay veces que la investigación literaria se presenta de manera inesperada y azarosa. El contenido de este artículo es fruto del encuentro casual de una carta dirigida al profesor Oreste Macrí y firmada por Aurora de Albornoz, como miembro de una recién constituida Comisión para la organización del homenaje, “Paseo con Antonio Machado”, en Baeza (Jaén), con ocasión de la colocación del busto del celeberrimo poeta sevillano, obra del escultor Pablo Serrano, en el aniversario de su llegada como catedrático de francés al instituto de bachillerato de ese pueblo andaluz.

La carta de la profesora Albornoz que encontramos en el archivo Gabinetto G. P. Vieuusseux de Florencia es a su vez la respuesta que le da la investigadora y escritora asturiana al hispanista y catedrático italiano, gran especialista en la poesía de don Antonio, que ha contribuido a la organización del homenaje.

[Membrete con el escudo
Del Ayto. de Baeza y debajo la leyenda
“Paseo con Antonio Machado”]
Madrid 2-II-66
Sr. D. Oreste Macrí
Firenze, Italia

Querido amigo:

Paso a contestar su carta que no recibí hasta ayer, aunque por la fecha del matasello veo que se retrasó mucho.

En primer lugar quiero agradecerle su ayuda tanto la contribución económica –que llegó hace unos días– como la lista de personas que me incluye para que les escribamos –de ser posible le ruego se ponga usted también en comunicación con ellos. Con algunos –con Vigorelli, por ejemplo– ya nos hemos comunicado; también [tachado] Quasimodo, Ungaretti, Bodini y algún otro les envié programas.

Sería magnífico que estos, así como algunas otras personas enviasen [tachado] algo breve para ser leído en el homenaje.

¿Podría estar usted aquí en esa fecha? Si puede, le ruego nos envíe lo antes posible, si

no, —que lo lamentaríamos— le ruego una adhesión escrita también, o telegrama. Deseando verlo por aquí y en Baeza, le saluda muy cordialmente.

Aurora de Albornoz

2. Antonio Machado y Baeza

Antonio Machado vivió en Baeza desempeñando la cátedra de Lengua Francesa del Instituto de Bachillerato. Tomó posesión de su nuevo puesto docente el día primero de noviembre de 1912 hasta que una Real Orden de 30 de octubre de 1919 lo traslada a Segovia.

Las razones que le impulsaron a trasladarse desde Soria a Baeza pudieron ser debidas a muy diversas circunstancias. Acaso el dolor producido por su esposa Leonor, recién fallecida, es la más razonable. Pero sin descartar otras razones de índole más práctico. Por ejemplo el acercamiento a Madrid, que él pensaba próximo, donde podía proseguir sus estudios en la universidad, sin advertir a tiempo que la estación de ferrocarril más cercana a Madrid era la de Linares-Baeza a varios kilómetros de distancia de Baeza.

Don Antonio llegó a Baeza solo, instalándose en el hotel Comercio. Luego trajo a vivir con él a su madre. Su vida en el pueblo transcurría entre el Instituto, la pensión y las largas caminatas por “Las Murallas”, desde cuyo paseo de ronda contemplaba admirado la vega con el río lejano:

Guadalquivir, como un alfanje roto
 Y disperso, reluce y espejea.
 Lejos los montes duermen
 Envueltos en la niebla (A. Machado 1970: 235)
 ¡Montes de Cazorla,
 Aznaitín y Mágina! (A. Machado 1970: 328).

El profesor y crítico Antonio Chicharro nos explica su llegada a Baeza: “Pese a su primera visión negativa de la ciudad y de sus gentes, de las que salva a escasísimas personas, no puede negarse que la misma provocara una producción constante, señalada por más de un crítico como una de las mejores de toda su actividad poética” (Chicharro Chamorro 1992: 9).

Y José Luís Cano, citado por el anterior: “Los años de Baeza han sido fecundos para el pensamiento de Machado, han sido años de soledad y de meditación

y [...] en esos años se consolida definitivamente su enorme personalidad” (Cano 1969: 1-2).

Aurora de Albornoz por su parte escribe: “A fines de 1912, Machado, recién viudo, pide el traslado al Instituto de Baeza. Lo que pasó en el alma del poeta en esos terribles primeros meses de soledad y cansancio total, quedó definitivamente guardado en un grupo de extraordinarios poemas, que constituyen una cumbre de la poesía española” (Albornoz 1961: 35-36).

Para concluir este apartado termino con esta cita del editor del volumen *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*: “Por otra parte, no es Baeza una simple anécdota en su vida, es, como ya he dicho, un trozo concreto del problema de España que provoca en el poeta un momento creador sobresaliente proyectado a la realidad española toda. Ahí radica precisamente su interés y su importancia” (Chicharro 1992: 11).

Es lo que, en otros términos, los intelectuales del 98 –entre los que Antonio Machado desempeñaba un importante lugar– denominaron “el problema de España”. Y Baeza, Andalucía toda, como antes Castilla, se convierte en el símbolo de una España que muere “y otra España que bosteza”. La muerte física de su joven esposa le ha rozado con su ala y el poeta ya sabe “cuanto es la vida hecha de sed y dolor”.

3. Breve crónica de un homenaje anunciado

Para explicar mejor el origen del homenaje de 1966 habría que remontarse a la fecha del 22 de febrero del año 1959. En el pueblecito francés de Colliure, lindante con la frontera española, un grupo de poetas se reúnen en torno a la tumba del poeta Antonio Machado allí enterrado. En Colliure había fallecido hacía veinte años el poeta de *Campo de Castilla*. En la foto que inmortaliza el homenaje distinguimos a los que serían conocidos como “grupo poético del 50”. Identificamos, así, a los retratados: Blas de Otero, J.A. Goytisolo, Ángel González, J.A. Valente, J. Gil de Biedma, A. Costrafeda, C. Barral y J.M. Caballero Bonald. Es decir, de los ocho, cuatro de ellos van a incorporarse, de una u otra manera, al proyectado y fallido homenaje de Baeza. Tres mostrarán su consentimiento a formar parte de la Comisión formada al efecto, “Paseo con Antonio Machado” –Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma y José Agustín Goytisolo– y uno de ellos –José Manuel Caballero Bonald– será, junto a Aurora de Albornoz, el fiscal J. Vicente Chamorro, Valeriano Bozal y Jesús López Pacheco, el núcleo principal del homenaje que se intentaría repetir el 22 de febrero de 1966, con la colocación de un busto del

poeta, obra de Pablo Serrano, en el paseo de La Muralla de Baeza.

Creo que no habría que olvidar este precedente que, por otra parte, formó parte de una muy consciente maniobra publicitaria ideada por el editor y poeta Carlos Barral desde Barcelona.

Antonio Machado era un símbolo para la izquierda española, como muy bien ha reconocido el propio José Manuel Caballero Bonald para de alguna manera situar histórica y socio-literariamente el homenaje de 1966: “En aquellos años, Antonio Machado empezaba a ser usado por el régimen como poeta químicamente puro, sin connotaciones políticas. Años antes, parte de su obra había estado censurada [...]. Pero en los años sesenta, algunos prebostes del franquismo pensaron que el Machado poeta podía ser hábilmente asimilable” (De la Fuente 1992: 242).

Según nos contaba Inmaculada de la Fuente en el periódico *El País*, en 1981, el origen del homenaje [de 1966] fue una inocente iniciativa del fiscal Vicente Chamorro. Y cita: “Cuando me enteré de que un compañero mío de carrera [...] era juez de Baeza, se me ocurrió que se podría rendir un sencillo homenaje al poeta en aquella ciudad en la que Antonio Machado vivió siete años enseñando francés” (De la Fuente 1992: 243). La idea fue acogida calurosamente por el alcalde de Baeza, Fernando Viedma. Así surgió un homenaje que se iba a denominar con un título bastante inocente y hasta bucólico, “Paseo con Antonio Machado”. De esta manera los organizadores, mayoritariamente intelectuales de izquierda, creían que la convocatoria pasaría más o menos desapercibida para las autoridades del régimen. En aquellos años parecía –vana ilusión– que el régimen estaba dando muestras de debilidad. Se sucedían las primeras carreras, huelgas y manifestaciones de estudiantes por la Ciudad Universitaria. Aranguren, Tierno y García Calvo, tres catedráticos de mucho prestigio entre los estudiantes, habían sido desposeídos de sus respectivas cátedras. El régimen no estaba dispuesto a claudicar. Ni mucho menos a permitir que un puñado de alborotadores se le subiera a las barbas con la excusa del homenaje a un poeta que había apoyado a la República.

Este relato del que en aquellos años era un joven estudiante de Filosofía, Vicente Molina Foix, testigo directo de aquella excursión a Baeza, nos ayudará a reconstruir los hechos de aquel primer fallido homenaje interior a don Antonio Machado:

1965 había sido un año clave para los estudiantes de mi generación, tan crucial para nosotros como 1956 lo fue para la que hoy nos precede [...]. El primer trimestre del curso 1965-1966 había dado lugar en Madrid a los más graves sucesos universitarios desde la anterior década, y no es fácil olvidar la desconcertante, y no del todo ingrata

sensación de *desafectos* [*sic*] que teníamos muchos de los estudiantes que íbamos a Baeza a participar en el homenaje a Antonio Machado.

Se acababa de expulsar ignominiosamente, entre otros, a los dos únicos profesores que en nuestra facultad de Filosofía y Letras atraían y convencían, Agustín García Calvo y Aranguren, y a la mayoría de los que habíamos participado en una masiva y tensa *encerrona* de protesta en la facultad de Económicas se nos había abierto expediente académico.

Como bastantes otros, yo estaba en 1966 en situación de *exclaustrado* de los recintos universitarios madrileños, y por eso, viajar a Baeza parecía no solo un desafío más a los castigadores, sino la extensión geográfica de un estado de extraterritorialidad política (Molina Foix 1992: 257-58).

Por temor a extenderme, prefiero resumir lo que sucedió aquel día 20 de febrero –no lo olvidemos: dos días antes del mismo mes de 1939, año en el que murió Antonio Machado en Colliure y que fue discretamente homenajeado por el que sería conocido como “grupo o generación del 50”, veinte años después.

Aunque el homenaje ya había sido prohibido por las autoridades del régimen con anterioridad, los convocantes no renunciaron a su propósito y fletaron autobuses desde Madrid para los que no pudieran viajar por su cuenta. Baeza se fue llenando desde la tarde y noche del sábado 19 “tanto de madrugadores asistentes al acto como de policía” (Chicharro Chamorro 1992: 253).

A la mañana siguiente y a pesar de los controles de acceso al pueblo, un numeroso público se paseaba por las plazas de Baeza aguardando la hora del comienzo. Alrededor del bloque de cemento donde iba a ser colocada la cabeza del poeta se empezaron a colocar los participantes. Pero la policía apenas si esperó para cargar violentamente contra ellos. Los que pudieron salir corriendo y refugiarse de los golpes en los bares de la plaza lo hicieron. Hubo carreras, muchos golpes y por supuesto detenciones.

El poeta Gabriel Celaya (“la poesía es un arma cargada de futuro”), asistente al acto y miembro de la Comisión, publicó al año siguiente, en 1967, este poema que tituló “20-2-1966”, en donde levantaba acta poética y satírica del encuentro (nunca mejor dicho):

En la mitad de la calle ya no queda nadie.
 Son los Guardias de la Porra quienes la limpian y barren.
 Todo el mundo se esconde en los portales,
 Y yo, como soy tonto, les pregunto: “¿Qué pasa?”
 Dos amigos me cogen de golpe por la solapa,

Me meten en un rincón a empujones, y mal,
 Y me explican cosas raras en voz baja.
 Es difícil de entender, porque no hablan en inglés,
 Y aunque citan a Machado, no emite la *BBC*,
 Es difícil de aceptar, escondido en un portal,
 Que otros aguanten lo malo de la vergüenza mortal
 Mientras algunos, cobardes, nos tratamos de salvar
 De los palos arbitrarios y el diluvio general.
 (Chicharro Chamorro 1992: 254)

Tenemos la suerte de que no sea este del poeta Gabriel Celaya, tan destacada personalidad literaria en el bando de la lucha antifranquista, el único testimonio de este día. Voy a permitirme acudir a la memoria autobiográfica del psiquiatra Carlos Castilla del Pino, tal y como se puede leer en el segundo tomo de memorias, *La casa del olivo*. Permítaseme la extensión de la cita, pero por su interés en relación con este episodio, que podríamos calificar de histórico, he considerado que debía ofrecerla entera:

A la mañana siguiente nos dirigimos a Baeza. Eran las nueve de la mañana. Un gran número de grises [así en el original] detenían autobuses y trenes en las afueras de Baeza, tanto en la carretera de Granada y Jaén, como en la estación Linares-Baeza, en donde paraba el tren de Madrid, y obligaba a bajar a los pasajeros. Si querían continuar, tenían que ir a pie hasta Baeza. Cuando supimos lo que ocurría, los que teníamos coche nos desplazamos una y otra vez para recoger a los que recorrían los doce kilómetros que separan la estación de Baeza de la ciudad. Se trataba de una maniobra de la policía en cierto modo sensata: a pie, la mayoría llegaría al acto con más de una hora de retraso, y así sería fácil persuadir a los pocos que ya estaban en Baeza de que se marcharan.

Hacia las doce de la mañana se puso en marcha una riada de unas dos mil personas desde la plaza Mayor de Baeza. Por una carretera en obras, en una ladera muy escarpada, caminamos hacia la colina, en donde, en una explanada, estaba situada la emisora local a unos trescientos metros. Antes de llegar a la explanada una fila de grises nos impidió el paso con una simulada cortesía. Al fin y al cabo, la mayoría de los que íbamos en aquella manifestación silenciosa, muchos con niños en brazos o en carritos no ofrecían ese aspecto obreril que tanto temía y odiaba el régimen. Al mando de aquella fila de policías estaba un sargento; unos metros detrás un teniente. El diálogo con el sargento fue adquiriendo cada vez mayor tensión. Entonces se acercó el teniente, que inició su tono de impedimentos con tono mesurado. “No pueden pasar; créanme que

lo siento... Ya sé, no hace falta que me lo digan, ya sé que no va a ocurrir nada. Pero cumplo órdenes, son las órdenes que tengo... Les ruego que se vuelvan por donde han venido, es un favor que les pido". En el grupo de cabeza estábamos unos cuantos que ya nos conocíamos: José Manuel Caballero Bonald, Alfonso Sastre y Eva Forest, José María Moreno Galván, José Duarte, algunos obreros y yo. Algo más atrás, José Luis Cano, Fernando Flórez (que estrenaba un tomavista y filmó todo lo que ocurrió cuando se alejó unos metros) y su mujer, Encar, el fiscal Chamorro. Uno de los obreros se encaró con el teniente con cierta violencia; el oficial mantenía su compostura, sin duda con la pretensión de que aquello acabase de la mejor manera posible. Yo pensaba que el obrero –sin intención– estaba dando pie a que, llegado el momento, el teniente mandase cargar contra nosotros. Al oírle repetir lo de "cumplo órdenes", al mismo tiempo que pedía al obrero que se calmase, me dirigí al teniente: "Por favor, ¿nos puede enseñar la orden de que habla?" El teniente me respondió: "Es una orden verbal. Yo me responsabilizo de ella". No se me ocurrió otra cosa que decirle: "Si usted se responsabiliza, ¿me puede enseñar su documento de identidad para tomar nota de su nombre?" El teniente sacó su cartera y me dejó ver el documento nacional de identidad; tomé nota de su nombre (Luis Javier Felipe) en un papelito. Al devolverle el documento me dijo: "Deme ahora el suyo", e hizo la misma operación que había hecho yo. Me devolvió mi documento al tiempo que el sargento le avisaba de que le llamaban por teléfono desde el Gobierno Civil de Jaén [...]. El teniente cedió su lugar al sargento. Al minuto volvió a paso ligero, se colocó entre nosotros, y a la voz de "¡Esto se ha acabado!", ordenó a sus huestes que nos disolvieran. Algunos pudieron huir por las afueras de Baeza hasta alcanzar la carretera de Jaén a Granada. Por fortuna la violencia no fue excesiva en aquel momento: de haberlo sido y haber tenido que correr, podría haber ocurrido una catástrofe, dada la gran pendiente que estaba al lado mismo del carril por donde reculábamos. Pero llegados a la plaza, nos encontramos cercados: por todas las calles que afluyen a la misma aparecían grises que, sin control, comenzaron a aporrearnos donde podían hasta obligarnos a que nos metiéramos en los coches y saliéramos a toda prisa de Baeza. De un bar de la plaza (El Casino) salieron dos o tres falangistas con pistolas y se ofrecieron a colaborar con los grises. Los que no tenían tiempo de coger el coche se guarecían entre uno y otro de los aparcados para protegerse de los golpes. Hubo unas nueve o diez detenciones. Según me contaron, unos guardias, con un papelito en la mano, sin duda el papelito donde el teniente Luis Javier Felipe había anotado mi nombre, preguntaban por mí. Yo estaba en Úbeda, esperando reunirme con algunos para tomar la única decisión posible: irnos cada uno a nuestra casa. La cabeza de Machado, que no llegó a ser sacada del coche de Chamorro, volvió por donde había venido, se ocultó debidamente y bastantes años después en un homenaje más tranquilo, se colocó en su lugar, dentro de una hornacina que diseñó

Ramón Moliner (Castilla del Pino 2004: 344-46).

Disueltos los manifestantes y algunos detenidos, el alcalde de Baeza se sacó de la chistera (de alcalde) un bando para explicar a sus convecinos “la invasión del pueblo [...] por gentes de dudosa catadura moral y política, algunos delincuentes [*sic*], amorales, etcétera, que vinieron a sueldo a soliviantar a nuestra pacífica ciudad” (De la Fuente 1992: 245). El fiscal Chamorro, artífice y defensor de la idea, fue castigado a trasladarse de Madrid a Cuenca por su conducta.

¿Qué pasó finalmente con la cabeza? Primero estuvo durante unos meses guardada en una dependencia o trastero de la casa del fiscal. Luego fue depositada durante dos años en la librería “Antonio Machado” de Madrid hasta que regresó a casa del fiscal. Finalmente en el mes de abril de 1983 fue por fin colocada en el lugar que estaba preparado para recibirla desde aquel día 20 de febrero de 1966.

4. La comisión

En este apartado habría que distinguir entre los comisionados que firmaban la convocatoria, cuyos nombres figuraban, a imprenta, en las cartas con el membrete “La Comisión Organizadora de los Paseos con Antonio Machado”, y que estaba constituida por Aurora de Albornoz, Valeriano Bozal, José Manuel Caballero Bonald, Enrique de Castillo, Manuel Gómez Villalba, José Antonio Hernández Jiménez, Ernesto Hontoria, José Molina Hipólito, Jesús López Pacheco, Fernando Ramón, Pablo Serrano y Jesús Vicente Chamorro. Y, por otro lado, la comisión de honor para la celebración del homenaje, entre los que figuraba los destinatarios de las cartas: Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, José Luis Aranguren, Antonio Buero Vallejo, Camilo José Cela, Miguel Delibes, Salvador Espriu Paulino Garragorri, Blas de Otero, Dionisio Ridruejo y otros.

A la leyenda “Paseo con Antonio Machado en Baeza” se adjuntó este texto:

Se trata de pasear con Antonio Machado –con su recuerdo vivo– por el mismo camino que, en sus años de Baeza, hacía casi a diario, tras las murallas viejas. De llegar con él –con su recuerdo vivo– hasta el punto en el que, acaso, se sentaba a contemplar, meditando, la tarde piadosa, cárdena y violeta, sobre el ancho paisaje. Y paseando con él –con su recuerdo vivo– en torno a Baeza, se trata, también, de acompañarlo en todos los pasos de su clara vida.

4.1 *Los nombres de los remitentes que contestaron a la invitación*

La lista de remitentes de las cartas que se conservan en el Archivo-Biblioteca de la Fundación José Manuel Caballero Bonald, en Jerez de la Frontera (Cádiz), es la siguiente. La doy en el mismo orden alfabético (por nombres) que están ordenadas en el archivo:

Alfonso Groso (2)
Alonso Zamora Vicente
Carlos Barral
Carlos Bousoño
Celso Emilio Ferreiro
Clementina Arderiu
Dámaso Alonso
Dionisio Ridruejo
Domingo Pérez Minik
Enrique Canito
Enrique Tierno Galván
Felipe Iorda y Josefina Vidal
Francesc de B. Moll
Francesc Vallverdú
Francisco Rabal
Jaime Gil de Biedma
Jesús Fernández Santos
Jesús Vicente Chamorro
Joan Oliver
Joan Teixidor
José Agustín Goytisolo
José Luís Cano
José María Llompart
José M. V[alverde]
José Miguel Velloso
Josep Vicens Foix
Juan Lechner
Juan Ruiz Peña
J. Cardoza y Aragón
J. Rubio
L. Gómis

L. F. Vivanco
 L. Rosales
 Manuel Caeiro
 María Manent
 María Serrahia
 Max Aub
 Miguel Delibes
 Paulino Garagorri
 Ramón Otero
 Rafael Alberti
 S. Montero Díaz
 Salvador Espriú
 Vicente Aleixandre

A la hora de confeccionar la lista, los convocantes tuvieron buen tino para elegir a sus corresponsales. Dentro del mundo cultural, escritores y académicos, hay una mayoría de liberales, de izquierda, e incluso militantes comunistas, todos enfrentados al régimen (Dionisio Ridruejo, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, José Luis Cano, Vicente Aleixandre y, el más significado de todos ellos, Rafael Alberti en Roma). Por ejemplo, el caso de Aleixandre que durante años fue el símbolo para dos o más generaciones del exilio interior. La concesión del Premio Nobel, en el año 1977, venía a dar carta de naturaleza, en plena transición política española, a un reconocimiento, a él y a todos sus compañeros de generación, que se vieron obligados a exiliarse, como el propio Antonio Machado, en el año 1939. Así lo reconocía el poeta de Velintonia en su discurso de aceptación del Nobel, en 1977: “Puedo decir que también aquí yo he tenido la fortuna de haber realizado mi destino desde una de las mejores compañías posibles. Hora es de nombrarla en toda su multiplicidad: Federico García Lorca, Rafael Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Luis Cernuda” (Aleixandre 1977: 2). No se olvida de ninguno, en esa nómina están todos, los que se fueron y los que se quedaron. Y el primero de todos, Federico García Lorca.

Este homenaje de 1966 –creo–, como la visita a Colliure de 1959, se convertía así en un acto no solo de justicia poética a uno de los grandes poetas españoles contemporáneos, sino en un acto de rebeldía, o de manifiesto político contra el régimen y la pérdida de libertades que se vivía en España. En su libro de memorias, primer tomo de su autobiografía, escribe Caballero Bonald referido a este periodo de su vida: “fue por entonces cuando se inició un proceso personal de

politización que ya no iba a interrumpirse nunca. Un proceso que acaso cumplió un primer atisbo de noviciado durante las mentadas agitaciones estudiantiles de 1956, se prolongó luego en la irregular compañía de Celaya y maduró finalmente a través de Dionisio Ridruejo y, algo después, de García Hortelano y Moreno Galván” (Caballero Bonald 2001: 78).

4.2 *Una carta desde “La España peregrina”*

A la hora de acordarse de todos, los que se quedaron y los que tuvieron que marcharse, la Comisión se acuerda de uno de los intelectuales de la llamada “España peregrina”, afortunada expresión de José Bergamín, para referirse a todo aquel grupo numerosísimo de exiliados españoles tras la guerra civil. Me refiero al hispano-mexicano –poseía hasta cuatro nacionalidades– Max Aub.

El texto de la carta a la que hago referencia, dirigida a José Manuel Caballero, en nombre de la Comisión, está fechado en México D.F. el 23 de enero de 1966:

Queridos amigos:

El problema de porque [*sic*] se le rinden tantos homenajes a Antonio Machado y no a otro. Evidentemente poco tiene que ver la calidad literaria con ello.

A lo que rendéis [*sic*] tributo –al que quisiera y no puedo, aunque quisiera, estar presente– no es a su poesía sino a su manera de ser hombre. La primera no necesita reuniones ni paseos. Fue poeta justo y justiciero; tiene en las historias de la literatura, más o menos, el lugar que le corresponde. Empieza a hacersele justicia donde se debe: en la calle.

En este caso, el de la imposible justicia, nos encontramos siempre, vosotros y yo, a su sombra que, ojalá, algún día cercano se desvanezca.

Max Aub

México, febrero de 1966

Qué quería decir el poeta y dramaturgo hispano-mexicano. El texto, aunque brevísimo –como no puede ser de otra manera– es, por una parte, muy crítico con el poeta, pero también elogioso para el hombre de bien –“bueno” según el famosísimo adjetivo empleado por el poeta en su propio “Retrato”– como se veía a sí mismo Antonio Machado. Y así se lo reconoce el escritor nacionalizado español aunque nacido francés. No están lejos todavía, ni mucho menos, los sucesos dramáticos de la guerra civil y su salida de España, camino del exilio, como la de

Machado, en 1939. La diferencia naturalmente es que Machado, como tantos otros miembros de la diáspora, no regresaron, tampoco Luis Cernuda, Pedro Salinas, Emilio Prados..., mientras que él sí lo hizo, aunque fuera de manera fugaz, en 1969. Volvió a España por primera vez en 1969; fue un reencuentro agrídulce del que dejó testimonio en su punzante dietario *La gallina ciega* (1971).

La carta rezuma cierto espíritu crítico para con los convocantes – “[por qué] tantos homenajes a Antonio Machado y no a otro”. ¿En quién o quiénes está pensando el poeta y dramaturgo? La respuesta a mi modo de ver es sencilla: cuántos poetas, dramaturgos exiliados, como él, hubieran merecido el homenaje justo que ahora se le dispensaba al poeta de *Campo de Castilla*. El diagnóstico de esta supuesta dolencia (la del olvido) la realiza sabiamente él mismo: “no es a su poesía sino a su manera de ser hombre”. ¿Se puede resumir mejor las virtudes y méritos de una persona? Seguro que no. Pero, para terminar, este aguijón afilado y amargo: “En este camino, el de la imposible justicia, nos encontramos siempre, *vosotros y yo*”. He querido subrayar la última frase por considerarla extremadamente esclarecedora del acento que quiere críticamente resaltar Max Aub: la distancia entre los exiliados y los de dentro, los que se fueron y los que han permanecido en España.

A propósito, echamos de menos en esta correspondencia nombres como José Bergamín, en México, Jorge Guillén, en EEUU... es decir una serie de escritores exiliados que sin duda hubieran acogido con satisfacción una invitación a participar en este homenaje. ¿Supone esto un demérito de los organizadores? En absoluto, porque es evidente que las circunstancias de tiempo y lugar tuvieron que pesar para los organizadores. Me refiero a que no sería fácil desde España comunicarse con los poetas exiliados. Por otra parte hay que considerar el poco tiempo con el que se organizó el acto y las lógicas precauciones, ante la censura del régimen, que tuvieron que cuidar los organizadores.

4.3.1 “*El hoy es malo, pero el mañana es mío*”

A los organizadores de este homenaje machadiano les interesaban –qué duda cabe– la participación y el compromiso de los “pesos pesados” del mundo literario y académico (Alonso Zamora Vicente, Carlos Bousoño, Clementina Arderiu, Dámaso Alonso, José Luis Cano, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Miguel Delibes, Salvador Espriu, Vicente Aleixandre y Rafael Alberti), aunque no más que arañar y captar amigos de Machado en la juventud que estaba empezando a salir a la palestra. Veamos primero los que ya se habían situado en el escalafón de los que

ya habían llegado o tenían una trayectoria transcurrida a sus espaldas.

Merece destacarse en este apartado, por su importancia para el mejor conocimiento de los últimos momentos del poeta, la respuesta de la escritora catalana, Clementina Arderiu, esposa del también poeta catalán Carles Ribas, que copio casi íntegra por los detalles que ofrece sobre la salida de España hacia el exilio:

Sr. D. J.M. Caballero Bonald
Barcelona 7 de febrero 1966

Muy señor mío

Su estimada carta invitándome a formar parte de la Comisión de Honor en el Homenaje para honrar la memoria de Antonio Machado coincidió con el ponerme enferma en cama. Hoy al levantarme, ya casi repuesta, releo su carta y, agradeciéndola, me apresuro a decirle que me siento muy honrada de formar parte de la citada Comisión y que acepto con todo corazón.

Conocí a Machado en Barcelona y, con los míos y Machado y su familia, pasamos la frontera juntos. Tengo de él y de su angustia, un recuerdo imborrable. Que [*sic*] hombre bueno a más de gran poeta!

Naturalmente dentro de este grupo de poetas o escritores *seniors*, los hay que muestran sus dudas y hasta sospechas por el hecho de que un homenaje a un poeta tan significado por su pasado republicano reciba el beneplácito oficial. Así podemos leer un extracto de esta carta de Luis Felipe Vivanco que, en cierto modo, se puede considerar premonitoria de lo que al final ocurrió. Hay que valorar en su justa medida las palabras y el consejo de un intelectual como Vivanco, que en los primeros años de la postguerra era un destacado defensor del régimen y colaborador, junto a Dionisio Ridruejo y Leopoldo Panero en la revista *Escorial*:

Madrid, a 19 de diciembre 1965
Sr. D. José Manuel Caballero Bonald

Mi querido amigo: Agradezco muy de veras a la Comisión Organizadora del homenaje a Machado, de la que formas parte, que hayan pensado en mí como posible miembro de la comisión de honor. Pero...

Me da mucho miedo todo lo que tenga, en estos momentos, carácter nacional. Nosotros pertenecemos a lo que yo llamo la "resistencia" no oficial. Tu persona y la de muchos otros me merece entera confianza, y el hecho de contar conmigo después de de mi última intervención en lo de Mujeres [*sic*] universitarias, es significativo. Se-

guramente los demás miembros de la comisión serán también auténticos resistentes. Pero, creo que no se va a poder hacer nada sin la intervención oficial, en cuyo caso, ¿quién sabe hasta dónde puede llegar la mixtificación del buen Don Antonio?

Antes de aceptar nada me gustaría recibir más aclaraciones tuyas sobre la viabilidad de ese homenaje en el terreno de dignidad espiritual y civil que corresponde a la memoria de Machado. A mi poeta preferido, le prefiero sin homenaje que mal homenajeado.

¿Cómo el municipio de Baeza, que depende del Gobernador de la provincia, el cual, a su vez, etc... [*sic*] puede patrocinar un homenaje que siempre tendría que ser, al menos, extra-oficial?

En fin, espero tus aclaraciones

Con un abrazo

Luis Felipe Vivanco

La carta no puede –quizá ni debe– ser más explícita. La referencia a su intervención en “Mujeres universitarias” trata de un homenaje anterior a Machado, que se celebró en la AEMU, en los salones de la Asociación, en 1959, con la participación de Vicente Aleixandre, Aurora de Albornoz, José Manuel Caballero Bonald y el mismo Luis Felipe Vivanco. Los hechos le vinieron a dar la razón. El acto de Baeza fue suspendido por el propio gobernador civil que parecía en principio apoyar el homenaje.

Mucho menos explícitos y, desde luego, más evasivas me parecen las respuestas, eso sí positivas, de Vicente Aleixandre: “supongo que [pertener a la comisión] no traerá compromiso de asistencia a actos, inauguraciones, conferencias, comidas, etc. pues ya sabes que por salud me abstengo de todo ello”; y de Luis Rosales:

Madrid 17 de enero de 1966

Mi estimado amigo:

Le agradezco mucho la distinción con que me honra al dar mi nombre para patrocinar el homenaje a Antonio Machado. Acepto con toda alegría.

Le saluda cordialmente su amigo

O del entonces director de la Real Academia, Dámaso Alonso:

Mi querido Caballero-Bonald [*sic*]

Acepto, con mucho gusto

Un fuerte abrazo

Dámaso Alonso
10 de Dic. 65

4.3.2 *La sombra de Colliure no es alargada*

A la altura de la fecha de nuestro homenaje, los llamados poetas del 50 ya han pasado de los treinta y andan camino de la cuarentena en su mayoría. José Manuel Caballero Bonald va a cumplir cuarenta ese año de gracia; Carlos Barral, 38; Jaime Gil de Biedma, 37 y José Agustín Goytisolo, 39. Tienen ya una carrera comenzada y en algún caso consolidada con libros y premios. Por tanto no estamos hablando de jóvenes airados ni inexpertos. Saben lo que es organizar un homenaje a Machado, pues formaron grupo y consolidaron amistad en el homenaje de 1959 en Colliure. Sin embargo, no parece que para los que recibieran la propuesta de la Comisión organizadora, la idea del homenaje les resultara tan atractiva como la de hacía unos pocos años en Colliure. En algún caso –José Agustín Goytisolo– ofrecen su asistencia en el supuesto de que se contemplen gastos de viaje, alojamiento y manutención. El más explícito y, sin embargo, provocador, para con la convocatoria baezana es Carlos Barral que escribe en estos términos. Cito solo el primer párrafo de la carta:

Barcelona, 20 de enero de 1966

Querido Pepe:

Contesto a vuelta de correo a la carta que me escribes en papel timbrado con tan peripatético nombre. Cierto, que si tú me garantizas su “definida significación” y su debida canalización puedes contar con mi colaboración. No me parece mal por otra parte, por un año mudar Colliure por Baeza, siempre que no haya que contemporanizar [*sic*] con jerarquías y sucios uniformes. Dispón de mi nombre a tu albedrío.

Así pues otros nombres y otras amistades quedaron en la retaguardia, cuando no en el tintero.

No debe, sin embargo, a mi juicio, quedar en mi tintero una carta enviada por el actor Francisco Rabal desde El Tirol. La convocatoria le sorprende en la capital austríaca rodando el film *Las brujas*, con Luchino Visconti. Amable y cariñoso le explica a su amigo Pepe Caballero Bonald los pormenores de una grabación de poemas de don Antonio Machado que ha realizado, aprovechando las paradas en el rodaje de la película y sirviéndose de los buenos servicios del ingeniero de

sonido de la película. Sencillamente impresionante la sencillez y el cariño que demuestra el actor a don Antonio, al que ya había cedido su voz en el homenaje de la AEMU, en 1959:

He registrado un poco rápidamente por no molestar mucho a este señor tan amable y así, cuando me equivocaba, repetía desde un punto, o en algunos casos he rehecho el poema completo.

[...] Espero que os llegue a tiempo y remediar así vuestra preocupación, que es la mía, ya que estoy muy contento de poder participar en el homenaje a tan admirado poeta y junto a vosotros, mis entrañables amigos.

¿Llegó la grabación? ¿Se oyeron los poemas de don Antonio en la voz grave y cálida de Paco Rabal en algún lugar que pudo ser Baeza? Todo quedó aplazado, cuando no suspendido, como la misma colocación de la cabeza del poeta, hasta mejor ocasión.

5. Una carta de Rafael Alberti desde Roma

No faltó la adhesión de Rafael Alberti, a la sazón ya en Roma, que escribe desde su primer domicilio romano, en Vía Monserrato, 20. El homenaje ya había sido suspendido por el gobernador civil de Jaén –la carta aparece fechada el 27 de febrero de 1966– pero Rafael, hace una hermosa propuesta para acoger el busto del poeta, que se verá por el texto de la carta que extracto. Va dirigida a Jesús López Pacheco y José María [*sic*] Caballero Bonald, como miembros de la comisión:

Lamentando aquí, en Italia, como en el mundo entero, la prohibición del gobernador [...] de los paseos con nuestro Antonio Machado por la ciudad de Baeza, el alcalde de Lerici y también el de Porto Venere, dos pueblos de la Liguria, están decididos [...] a recibir el busto del poeta [...] esta obra sería expuesta en uno de estos pueblos hasta que pudiese regresar, libre y sin temores, a España. En el mismo lugar se abriría a [*sic*] público una biblioteca que reuniese, al lado de las obras de Machado, las de todos los poetas, antiguos y modernos, de lengua española. Me adelanto a comunicaros esta hermosa iniciativa para que contestéis, lo antes posible, vuestra decisión a la carta que vais a recibir.

6. Dos cartas para terminar

A la vista de que el acto finalmente no pudo celebrarse, al menos como estaba previsto, por la suspensión e intervención violenta de la policía, enviada por el gobernador de la provincia, Aurora de Albornoz escribe de nuevo a Oreste Macrí, el día 1 de marzo de 1966, en estos términos:

Querido amigo:

Le considero enterado de lo ocurrido el pasado día 20. Tengo entendido, sin embargo, que recibirá más información. Por mi parte, de Italia no he recibido nada; sé, sin embargo, que se pensaba publicar bastante. Le ruego me tenga al corriente de lo que ahí se haga.

Hasta otra ocasión

Le recuerda

Aurora

En efecto, una reseña del fallido homenaje apareció escrita “por un testigo ocular” en la revista *Il Ponte*, de Florencia (XXII, 3 marzo 1966), traducida por Antonio Chicharro Chamorro (1983), además de algunas otras reseñas en medios internacionales.

El 30 de abril, otra carta de Aurora de Albornoz escribe de nuevo a Macrí en los siguientes términos:

Querido amigo Oreste: A estas fechas ya habrás recibido una invitación de *Cuadernos para el Diálogo* para participar en un libro colectivo sobre Antonio Machado. Quiero en esta nota, reiterar la invitación y pedirte que no dejes de hacer el trabajo. Se me ocurrió que podrías hablar de *Campo de Castilla*. O, mejor dicho: *C. de C.* 1912 y *C. de C.* en 1917. ¿Te parece bien? Si quieres puedes hablar [*sic*] de otra cosa, por supuesto.

Aquí, todo el mundo trabajando mucho, en campos muy variados. A mí me prohíben cuantas conferencias intente dar sobre Machado. Pero “vamos tirando”, con mucha esperanza.

Un abrazo de

Aurora

Hoy, el poeta descansa para siempre en el cementerio de Colliure. Pero en Baeza hay un banco en el paseo que mira a la sierra próxima de Mágina, aguardando

siempre a su poeta:

¡Campo de Baeza,
Soñaré contigo
Cuando no te vea!

Bibliografía citada

- ALBORNOZ, AURORA (1961), “Miguel de Unamuno y Antonio Machado”, *La Torre*, 35-36.
- CABALLERO BONALD, JOSÉ MANUEL (2001), *La costumbre de vivir*, Madrid, Alfaguara.
- CANO, JOSÉ LUIS (1969), “Prólogo”, *Baeza y Machado (evocación de la ciudad y el poeta)*, eds. Francisco Lapuerta y Antonio Navarrete. Madrid, Vasallo de Mumbert Editor.
- CASTILLA DEL PINO, CARLOS (2004), *Casa del olivo. Autobiografía (1949-2003)*, Barcelona, Tusquets Editores.
- CHICHARRO CHAMORRO, ANTONIO, ed. (1992), *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, Granada, segunda edición corregida y aumentada, Universidad de Granada.
- DE LA FUENTE, INMACULADA (1992), “La errante y azarosa vida de un busto de Machado prohibido hace quince años y arrinconado en un desván (1981)”, *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, ed. Antonio Chicharro Chamorro. Granada, Universidad de Granada: 241-47.
- MACHADO, ANTONIO (1970), *Poesías Completas*, Madrid, Espasa-Calpe.
- MOLINA FOIX, VICENTE (1992), “Viaje alrededor de una cabeza”, *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, ed. Antonio Chicharro Chamorro. Granada, Universidad de Granada: 257-61.

